



# Acuerdo

Uno de los temas más importante y prioritarios en este momento, quizás el mayor anhelo, es la unión del país. Hay otras cuestiones importantes, como la lucha contra las drogas, la corrupción, la pobreza o la desigualdad.

Sin embargo, de nada sirve dedicarle tiempo y esfuerzos a cualquiera de estos otros temas mientras la población siga dividida tan radicalmente.

## FUTURO N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



ACUERDO

FUTURO  N TRÁNSITO

# A C U

Sandra Borda

# E R D

Julián Arévalo

# O

Camila Zuluaga

FUTURO  N TRÁNSITO



## **Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición**

### **Comisionados**

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*

Alejandro Castillejo Cuellar

Saúl Franco Agudelo

Lucía González Duque

Carlos Martín Beristain

Alejandra Miller Restrepo

Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)

Carlos Ospina Galvis

Leyner Palacios Asprilla

Marta Ruiz Naranjo

María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)

Patricia Tobón Yagari

Alejandro Valencia Villa

### **Secretario general**

Mauricio Katz García

### **Directores**

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*

Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*

Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*

Diana Britto, *directora de conocimiento*

Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

### **Oficina de cooperación internacional y alianzas**

María Paula Prada Ramírez

### **Oficina de comunicaciones**

Ricardo Corredor Cure

### **Futuro en tránsito**

**Dirección general:** Alonso Sánchez Baute

**Coordinación editorial:** John Naranjo

**Dirección de arte:** Raúl Zea

**Editores:** Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

**Equipo de diseño:** Juliana Salazar - Guido Delgado

**Corrección de estilo:** Andrés López - Alberto Domínguez

### **Mesa técnica**

*Paula Arenas Canal*

*Tiziana Arévalo Rodríguez*

*John Naranjo*

*Alonso Sánchez Baute*

# Acuerdo

SANDRA **BORDA**  
JULIÁN **ARÉVALO**  
CAMILA **ZULUAGA**

# Acuerdo

© 2020 Sandra Borda

© 2020 Julián Arévalo

© 2020 Camila Zuluaga

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

## **Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición**

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

## **Delegación de la Unión Europea en Colombia**

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

## **Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz**

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

*Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.*

**ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1**

**ISBN VOLUMEN: ACUERDO 978-958-5586-33-8**

**© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020**

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

## EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

*Presidente de la Comisión de la Verdad*

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generará cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

## PRÓLOGO

HAY UN DATO LLAMATIVO QUE TRAE LA ÚLTIMA Encuesta Mundial de Valores, una medición que se hace anualmente en más de noventa países, incluida Colombia, que evidencia las transformaciones sociales, políticas y culturales que condicionan el cambio social.

Afirma la investigación: «En contravía con la narrativa de los medios, a los colombianos les preocupa que se acabe el Acuerdo de Paz, entrar en una guerra internacional y que se vuelva a la guerra interna». Lo que opina la mayoría lo desinforma el afán por la confrontación para uso político.

Uno de los temas más importante y prioritarios en este momento, quizás el mayor anhelo, es la unión del país. Hay otras cuestiones importantes, por supuesto, como la lucha contra las drogas, contra la corrupción, la pobreza o la desigualdad.

Sin embargo, de nada sirve dedicarle tiempo y esfuerzos a cualquiera de estos otros temas mientras la población siga dividida tan radicalmente.

Este es un país construido desde la injusticia, la impunidad y la exclusión. ¿Cómo lograr una mayor movilización de voluntades y la capacidad de zanjar las diferencias, guiados siempre por la convicción de que debemos vivir como hombres libres, respetuosos y tolerantes, sin miedo, odio ni dolor? ¿Cómo dejar atrás la violencia y la polarización política hasta aferrarnos, todos juntos, en la construcción de una nación en la que no se masacren los que no se conocen para provecho político, como diría Paul Valéry, «de gentes que sí se conocen, pero no se masacran?».

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de trece que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo

proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En esta oportunidad se invitó a la politóloga Sandra Borda, que afirma en su ensayo que acordar no es claudicar, ni es tampoco una debilidad o una renuncia irrevocable a las ideas y principios propios; a Julián Arévalo, el ex asesor de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz en los temas de participación ciudadana, que dedica su texto al tema de la imposibilidad de vivir en una sociedad sin conflicto, concluyendo que la manera de enfrentarlos es construyendo acuerdos con el otro; y a Camila Zuluaga, la periodista que afirma que para que los acuerdos prosperen deben contar con la participación de todos los involucrados en el conflicto.

**Alonso Sánchez Baute**

Director del proyecto



SANDRA BORDA

# Sobre el acuerdo

VOY A EMPEZAR ESTE TEXTO PIDIÉNDOLE AL LECTOR QUE SE sumerja en un escenario ficticio. Piense, el amable lector, que nos hemos hartado de vivir en sociedad. Que, como especie humana, nos cansamos los unos de los otros y hemos tomado la decisión, asumiendo que tenemos espacio disponible para ello, de irnos. Hartos de lo que implica la vida en comunidad, hemos optado por el aislamiento, por la lejanía, por la separación. Nos cansamos de no haber encontrado una forma agradable de vivir en comunidad y hemos llegado a la conclusión de que nos sentimos mejor solos, sin ese terrible peso que significan las responsabilidades hacia los otros y sin la necesidad de estar constantemente negociando con los demás lo que queremos como individuos. Llegó el momento de la emancipación y, ahora sí, cada uno por su cuenta se dedicará a buscar su propio interés, a satisfacer sus propias aspiraciones, a hacer lo que le dé la absoluta gana.

Asumiendo, y esta es una presunción bien exigente, que somos capaces de cultivar todo lo que necesitamos para comer y que podemos cuidarnos a nosotros mismos en todos los sentidos y sin la ayuda de nadie, muy pronto empezarán a surgir situaciones que tendremos que resolver con la ayuda y la cooperación de otros. Por ejemplo, la sola necesidad de determinar el tamaño del lugar en donde viviremos aislados y libres del mundanal ruido, es algo que no podremos lograr sin una conversación con los vecinos. La necesidad de determinar nuestro espacio, curiosamente, es una necesidad social que no puede satisfacerse sino en relación con los que nos rodean. En algún momento, la necesidad de intercambiar ciertos bienes despertará al pragmático que todos llevamos dentro y mostrará que nos va mejor comprando unas cosas y vendiendo otras, y que tratar de satisfacer nosotros solos nuestras propias necesidades es una empresa un tanto fútil. De manera paulatina, llegaremos a la conclusión de que, por mucho que nos parezca un gran paraíso la soledad, por más que sintamos liberador el aislamiento en un principio, la verdad es que nos va mucho mejor en grupo. Ya hemos probado por cuenta de la pandemia y del confinamiento lo amarga que esta vida puede resultar.

La eterna contradicción en la que nos movemos todos los días de nuestras vidas es aquella que reside en ese impulso natural a satisfacer nuestros intereses individuales, salirnos con la nuestra siempre, «hacer lo que nos dé la gana», actuar

como si fuéramos las únicas personas, o al menos las más importantes sobre la faz de la Tierra, y el reconocimiento de que el logro de muchas de nuestras expectativas es más fácil, más conducente y más eficiente con la ayuda de los demás. A pesar de que somos muy proclives al uso de narrativas basadas estrictamente en el esfuerzo individual, a la hora de hablar de éxito o de progreso, la verdad es que muy poco o casi nada de lo que conseguimos a lo largo de nuestras vidas lo conseguimos absolutamente solos y sin la ayuda de nadie. El que incluso el más individual y egoísta de nuestros propósitos sea algo que no podemos lograr, total o parcialmente, sin los demás, sin la red de apoyo en que se constituyen nuestras comunidades, hace que inevitable y constantemente tengamos que entrar en diálogo y negociación con quienes nos rodean.

Claro, habrá quien diga en un extremo que no es necesario conversar y que simplemente uno puede usar a los otros para lograr sus objetivos, convertirlos en instrumentos sin mucho miramiento ni contemplación. ¿Para qué negociar si al final, a punta de fuerza o de destreza, puedo lograr lo que quiero a expensas de los demás? Tristemente, muchas personas en nuestra sociedad siguen esta lógica y esta actitud es justamente lo que nos hace tantas veces querer irnos para otra parte, alejarnos de ellos.

Considerar a las personas como peldaños en nuestra carrera hacia la cima no es un comportamiento poco frecuente y

suele producir frustración a aquellos cuyos intereses están siendo negados e ignorados, a quienes solo se les entiende como un instrumento de otro. Eso produce conflicto y muy pocos, voluntariamente, se prestan a servir a los intereses de otro sin lograr nada a cambio en el ámbito del logro de sus propias expectativas. Probablemente el único escenario en el que esto tuvo lugar en la historia de la humanidad fue durante la esclavitud. Si bien es preciso tener en cuenta que el intercambio no siempre es equilibrado, es asimétrico (siempre habrá alguien que se acerque más al logro de sus intereses que el otro con el que interactúa), el juego es uno en el que a través de nuestras interacciones sociales caminamos todos un poco hacia adelante en dirección de lo que deseamos o de aquello a lo que aspiramos. Unos dan pasos más grandes que otros, unos caminan por senderos más difíciles que otros, pero al final, de una forma u otra, nuestra vida en comunidad es indispensable para hacer posibles nuestros sueños como individuos y nuestros objetivos como sociedad.

Esa interacción con los otros, esa búsqueda de ayuda para alcanzar lo que deseamos, esa toma y dame esencial, es tal vez la forma más primitiva de acuerdo de la que somos capaces como seres humanos. En ese intercambio que tenemos con los demás definimos reglas del juego sobre cómo nos vamos a entender, cómo vamos a tratar de salir airoso y ganadores, cómo vamos a operar hacia el futuro. Es allí

donde acordamos formas de división del trabajo, modos de convivencia, es allí donde asumimos papeles concretos en esa gran obra de teatro que es la sociedad humana. El tipo de comunidad en la que estamos inmersos, con sus virtudes, ventajas y con sus grandes defectos, es fruto de ese acuerdo al que llegamos para poder desarrollarnos como seres humanos.

Aquí, el punto central es que todos los días de nuestras vidas negociamos y todos los días logramos acuerdos más o menos significativos con quienes nos rodean. Eso es parte integral de lo que significa que seamos seres sociales por naturaleza. No tenemos otra alternativa. Y, aunque a ratos se nos olvide, no lo hacemos por costumbre o por altruismo sino porque racionalmente hemos llegado a la conclusión de que esta es la mejor forma de hacer las cosas. Quien sugiera que no negocia nada con nadie, que tiene muy claro lo que quiere y que no está dispuesto a modificar en algo sus objetivos y su forma de alcanzarlos, está condenado al fracaso. Acordar no es convencer a otros de mis propias ideas a las buenas o a las malas, no es cooptar, no es usarlos como escalones para trepar en la dirección deseada. Acordar implica reconocer que los demás también tienen sus propios intereses y que, si la intención de todos es satisfacerlos, raras veces podremos hacerlo a la imagen y semejanza de las aspiraciones que tenemos fijadas en nuestras cabezas. Es frecuente que otras veces tengamos que acotar, acomodar, ajustar

nuestros deseos con cara de caprichos, darles formas distintas, encontrar caminos diferentes para llegar a ellos, hacer uso de nuestra creatividad para conseguir lo que deseamos de la mano de los otros y no a costa de ellos.

Permítame, atento lector, darle un ejemplo para ilustrar este punto. Piense en una persona cuyo objetivo fundamental y esencial en la vida es ganar mucho dinero. Ser rico. Una forma de conseguirlo con rapidez sería robando casas, asaltando transeúntes, hurtando joyerías. Pero este escenario es uno en donde estaríamos usando a los otros como peldaños para lograr nuestros objetivos, en donde los estamos concibiendo como instrumentos y estaríamos ignorando sus intereses. ¿Qué hay si el dueño de la joyería tiene como aspiración que sus hijos estudien en las mejores universidades del mundo? ¿Qué hay si el transeúnte al que se asalta se le despoja del dinero que ha ganado para alimentar a su familia? ¿Qué hay si en la casa se conservan bienes que un abuelo está dispuesto a legarle a sus nietos para que ellos alcancen sus metas? Esta forma de hacer las cosas no es sostenible: genera conflicto y hace prácticamente imposible la vida en sociedad. Por esa razón hemos llegado a la conclusión de que debemos sancionar este comportamiento social y legalmente.

Entonces, ¿qué otro camino queda? Si esta persona de la que hablamos no tiene herencias o una fortuna preexistente, es probable que para amasar una gran cantidad de dinero tenga que empezar por contemplar la idea de trabajar.

El trabajo también es una forma de acuerdo: a cambio de dinero, esta persona pone al servicio de otras una destreza con la que cuenta, una habilidad particular que, a su turno, puede ser vital para que quienes le paguen satisfagan también sus propios intereses. En la medida en que vaya acumulando fortuna, esta persona también tendrá que retornarle dinero a la sociedad que lo ha ayudado a cumplir con su deseo y tendrá que pagar impuestos. Y entre más grande sea su riqueza, más tendría que devolver. Porque su crecimiento debe ir de la mano del crecimiento de la sociedad a la que pertenece. Incluso en algunas sociedades, esta persona con su sueño hecho realidad, debería estar en la obligación de aportar a programas y mecanismos que les ayuden a los otros a alcanzar sus propias aspiraciones. Ese es el trato.

Pero, se preguntará el lector, si es entonces imposible que tengamos objetivos colectivos —como sociedad— y si estamos condenados a que nuestras comunidades sean simplemente el espacio en donde negociamos nuestras aspiraciones individuales y no el escenario en el que buscamos formas colectivas de hacerlas realidad. Es aquí en donde es posible encontrar la parte más fascinante de todo este proceso. Esa interacción, ese toma y dame con quienes nos rodean, nos transforma como seres humanos, a nosotros y a nuestras identidades. Profunda y contundentemente. El ejercicio constante de negociar y hacer pequeños y grandes acuerdos todos los días, paulatina y gradualmente nos

cambia, pule y le da ángulos definidos a nuestra identidad, nos construye y convierte en individuos particulares e irrepetibles. Somos, existimos, en gran medida, gracias a y en función de nuestras relaciones.

Piense el lector de nuevo en nuestro personaje cuya aspiración principal en la vida era acumular dinero. Imagine que esta persona pronto se dio cuenta de que estudiar era una forma de desarrollar y potencializar sus destrezas y que ello la hacía más apetecible en el mercado laboral. Es decir, le facilitaban el logro de su objetivo personal. Nuestro personaje ingresa a la universidad y, además de tomar los cursos que le permitirán sacarle más brillo a lo que sabe y desea hacer, también toma unos cuantos cursos de ciencias sociales que lo ponen en contacto con la realidad de aquellos que pueden tener sus mismas aspiraciones pero que por cuenta de su color de piel, su género o su lugar de nacimiento, no tendrán las mismas oportunidades para lograr ese objetivo.

Aprende, gracias a su interacción con profesores y estudiantes, que el tablero de la vida está inclinado a su favor. Eso puede parecerle injusto y, solo gracias a ese pequeño grupo de interacciones, ya estamos hablando de una persona que quiere acumular dinero pero que tiene ahora consciencia y reconoce la situación de desventaja de otros. Esta persona ya no es el Rico McPato puro que definimos en primera instancia. El intento por gestionar su interés individual en sociedad le ha equipado de un nuevo interés, pero esta vez

formulado desde lo colectivo. Sus éxitos y los de su comunidad se hacen crecientemente más difíciles de distinguir. Esa búsqueda diaria de acuerdos con los otros nos define hasta la médula, nos convierte en otros y los cambios que produce en lo que somos y en las aspiraciones que tenemos no son cosméticos ni superficiales.

Pero exploremos un escenario alternativo: esta persona logra acumular sus primeros millones y sufre el dolor tremendo de que un grupo armado, que dice defender a los pobres y oprimidos, secuestra a un pariente suyo y le pide gran parte de su fortuna a cambio de devolverse sano y salvo. Para esta persona, que ha tomado la decisión de trabajar honestamente y así lograr su pequeña fortuna, la interacción con los otros deja como resultado una transformación muy distinta a la del anterior escenario. La violencia de la interacción lo deja agraviado, adolorido y sin mucha fe en el papel que pueda jugar en una eventual transformación social. Y peor aún, la coerción de la que ha sido objeto y la fuerza brutal que se ha cernido sobre él, lo puede dejar desconfiado del resultado de la interacción con los otros y, sobre todo, escéptico y casi cínico frente a la importancia de los acuerdos sociales como forma de crecimiento personal. Para ella, la negociación pacífica pierde valor y es muy posible y entendible que ahora su posición sea la de aislarse y protegerse.

El primer escenario es el que todos deseamos y a través del cual las sociedades progresan. El segundo es un escenario

problemático no solo para quien lo sufre personalmente, sino también para el resto de la sociedad. Si paulatinamente empezamos, uno por uno, a perder gradualmente la confianza en los acuerdos que construimos entre todos —desde los más pequeños hasta los más significativos—, nos movemos peligrosamente hacia un lugar en el que los acuerdos son una oportunidad para que los otros nos engañen o abusen. Nos alejamos entonces de la posibilidad de construir eso que algunos llaman «tejido social» y nos movemos hacia la construcción de objetivos y formas de lograrlos que se alejan de lo colectivo y se centran en lo individual. Empezamos, entonces, a descender por una espiral en donde la definición de objetivos colectivos va a ser cada vez más difícil y en donde nuestra confianza en la capacidad de lograr lo que deseamos en compañía de otros, nuestra fe en el papel que podemos jugar como comunidad en que los sueños de otros se hagan realidad va a ser cada vez menor. Nos desintegramos. Reducimos a su dimensión más superficial nuestras relaciones con los otros y volvemos estas interacciones un asunto meramente transaccional.

Hoy, en Colombia, hemos logrado que la gran mayoría de actores armados que transgredieron nuestro acuerdo social, por una u otra razón, se sumen a la construcción de la sociedad pacífica que la gran mayoría de los colombianos ha soñado por décadas. Ello requirió, como sucede en todos los acuerdos que llevamos a cabo diariamente los unos con

los otros, que nos moviéramos todos un poco del punto fijo de nuestros intereses y nuestras expectativas individuales. Si todos nos hubiéramos ceñido a «nuestra forma de hacer las cosas», si no nos hubiésemos movido —más o menos— de nuestras posiciones iniciales, si hubiésemos seguido apegados con rudeza a nuestros agravios y a nuestras demandas, ni el acuerdo de paz ni ningún acuerdo social por más insignificante que fuese sería posible.

El reto ahora es convencer a aquellos que perdieron la confianza en nuestros acuerdos sociales por cuenta de las experiencias dolorosas que les produjo el conflicto armado, de que somos capaces de reconstruirnos como sociedad, de que vale la pena volver a intentar caminar en la misma dirección para lograr lo que queremos como personas y comunidad. La imperfección de los acuerdos sociales que logramos en el pasado y la violación o el rompimiento de estos, produjo exclusión, violencia y fragmentación con consecuencias dramáticas para la vida de muchos colombianos: víctimas de la violencia paramilitar, de los grupos guerrilleros, de las fuerzas del Estado. Muchos, y con gran esfuerzo, han tomado la decisión de pasar la página y volver a invertir su energía vital en construir, poco a poco, acuerdos sociales pequeños que les retornen la fe en este elusivo objetivo de vivir en paz. Pero es tarea de todos y de todos los días, tratar de recordarle a quienes por cuenta del dolor han olvidado las ventajas que tiene el que hagamos parte de una misma sociedad y

de una misma nación, el enorme potencial constructivo que tienen nuestros acuerdos cotidianos.

Pero, ¿cómo hacerlo?, ¿cómo reestablecer la conversación y la gestación de acuerdos? La primera tarea es escuchar. Sí, escuchar, no ser escuchado. En la vida en comunidad y sobre todo en la vida de una sociedad en proceso de sanación, después de una herida profunda como la nuestra, es vital escuchar. Escuchar no por cortesía. Escuchar no superficialmente mientras se piensa cómo contrarrestar el argumento del otro. Escuchar más bien, intentando entender quién es mi interlocutor, cuáles son sus deseos y aspiraciones, cuáles sus miedos y sus desconfianzas. Solo escuchando con cuidado se puede poner a funcionar la creatividad para generar objetivos comunes, áreas de trabajo conjunto. Escuchar implica evitar ponerse a sí mismo en lugares de superioridad moral que resultan de creer que las ideas que uno defiende son mejores que las de los otros.

Escuchar genuinamente no pasa por juzgar al otro por sus posiciones. Escuchar de verdad, deja de lado la descalificación y no presume todo el tiempo la perversidad o la mala fe del otro. Si como sociedad pudimos escuchar a las FARC, de esa forma, para lograr un acuerdo de paz, muy seguramente también podremos escuchar a aquellos colombianos que aún rechazan esos acuerdos. Bien lo dijo alguien: «El primer acuerdo fue con las FARC, el segundo acuerdo tendrá lugar entre aquellos que defienden los acuerdos de paz y aquellos

que nunca estuvieron de acuerdo con los mismos». Porque en eso se la pasan las sociedades: escuchando y acordando. Esa es su razón de ser y simultáneamente su *modus operandi* esencial. Somos seres sociales cuya esencia misma está en nuestra capacidad de interactuar con los otros a través de los acuerdos y para producir acuerdos. En síntesis, no podemos vivir sin acordar. Vivimos para acordar.

Además de escuchar, es de vital importancia entender que acordar no es, ni mucho menos, una manifestación de debilidad o una renuncia irrevocable a aquellas ideas en las que se cree o aquellos intereses que se persiguen. Si así fuese, la única forma de interacción posible sería aquella en la que a punta de coerción y fuerza sometemos y convertimos, a las personas, en instrumentos para satisfacer nuestro interés individual. Por esa razón, gestar acuerdos es una forma de poder mucho más significativo y mucho más elocuente que el poder de oprimir a los demás. Si Estados Unidos, el país con mayor fuerza militar del mundo, negoció con la Unión Soviética durante la Guerra Fría para mantener bajo control el arsenal atómico de ambos, si negoció con los talibanes para terminar la guerra en Afganistán, ¿de dónde nos sacamos que negociar y acordar son actos de debilidad? Para oprimir y para coaccionar solo se necesita la fuerza bruta, para acordar se necesita sagacidad, destreza, inteligencia.

Por eso, la capacidad de alcanzar acuerdos es una forma superior de inteligencia social, es una habilidad que permite

encontrar múltiples caminos que nos conduzca a destinos distintos pero compatibles: la satisfacción del interés individual y el colectivo. Mover a una comunidad en la dirección de más y mejores acuerdos es la manera de construir tejido y capital social y no puede ni debe ser entendido por sus miembros como una forma de fragilidad, como una derrota. Moverse de un lugar hacia uno distinto en donde las aspiraciones propias también se cumplan, pero en diálogo y articulación con las aspiraciones de los otros es un acto de inteligencia y de fortaleza. No es ni una estupidez ni un fracaso. Acordemos, entonces, que acordar nos ayuda a todos individual y colectivamente. Acordemos en la casa, en la cuadra, en el barrio, en todos los espacios donde interactuamos con otras personas. Crezcamos y mejoremos como sociedad a punta de acuerdos. ‡





JULIÁN ARÉVALO

# Acuerdo: del conflicto a la cooperación

EL ACUERDO, O EL PUNTO DE LLEGADA EN LA DISCUSIÓN entre dos o más partes, es un elemento esencial de la vida en democracia. No se trata solo del acuerdo como resultado que persiguen líderes políticos para superar un conflicto o una crisis profunda, sino de aquel que hace parte de las interacciones cotidianas de ciudadanos libres en sociedades pluralistas.

El escenario hipotético de una sociedad sin acuerdos deriva en formas de tratamiento de conflictos que van en contra de los principios de libertad, pluralismo y tolerancia que requiere la democracia. Resulta entonces

paradójico que sociedades con tales aspiraciones enfrenten debilidades profundas en sus capacidades de alcanzar acuerdos.

La materialización de valores como los señalados, y la posibilidad de alcanzar procesos de cooperación a gran escala al interior de la sociedad —que son clave para el desarrollo y mejores condiciones de bienestar— requiere de unas capacidades mínimas de tratamiento de conflictos y logro de acuerdos.

Especialmente en una coyuntura como la actual —donde a nivel global la democracia enfrenta grandes desafíos, y otros modelos de gobierno parecieran hacerse cada vez más atractivos— el ejercicio ciudadano de abordar los conflictos de manera pacífica, construir acuerdos y coexistir en la diferencia se convierte en una señal necesaria sobre la vigencia de los principios democráticos.

Lo anterior nos invita a reflexionar sobre la relación entre el conflicto y la vida en democracia, algunos aspectos humanos esenciales para la construcción de acuerdos y la relación entre acuerdos, dinámicas de cooperación y procesos de desarrollo.

Estos temas, que se tratan a continuación, se convierten en el punto de partida para, que conscientes de nuestras posibilidades en mejorar la forma como tratamos nuestros conflictos, podamos generar actitudes cooperativas que se traduzcan en beneficios para la sociedad.

## El conflicto y la vida en democracia

La democracia liberal se caracteriza por la multiplicidad de voces y opiniones, por el pluralismo y la diversidad. Antes que el consenso instantáneo respecto a un fenómeno, lo usual es el disenso. Los ejemplos aparecen en todos los ámbitos de la vida: la valoración de las tradiciones *versus* la modernidad; las diferentes visiones sobre el desarrollo social y económico; qué tanta interacción económica y cultural con el resto del mundo debe tener la sociedad; qué papel juegan las creencias religiosas en el ordenamiento político, entre muchos otros dilemas sociales.

A diferencia de los regímenes autoritarios, esta pluralidad de voces y opiniones es valorada de forma positiva por las sociedades democráticas, las cuales llevan en su esencia evitar imponer una sola forma de comprender el mundo y, con ello, enfrentar cualquiera de estos u otros dilemas desde miradas unilaterales. En tanto las diferentes posturas obedecen a contextos y razones únicas, y con seguridad algo de razón tenga cada una de ellas, sería un error impulsar una visión que se imponga sobre las demás.

Esto debilitaría la democracia; contrario a escenarios en los que se valora la obediencia y la posibilidad de eliminar el disenso, la democracia se ve fortalecida por la capacidad de los ciudadanos de mostrar que se puede coexistir en la diferencia, abordar los conflictos de manera pacífica y llegar

a acuerdos. Adicional a esto, el disenso permite renovar las visiones ya establecidas, con lo cual se crean las condiciones para el surgimiento de nuevas ideas.

Sin embargo, algunos aspectos subyacentes a estas reflexiones, aunque parecieran obvios, están lejos de ser ampliamente aceptados en diferentes tradiciones intelectuales. Así, por ejemplo, desde algunas aproximaciones, el conflicto resulta de la presencia de ciertas condiciones estructurales de la sociedad: desigualdad, injusticia, corrupción, falta de oportunidades, entre otras. El corolario de esta aproximación es que la superación de dichos males eliminaría el conflicto de nuestras vidas, algo que, sin duda, es cuestionable.

Desde otras posiciones, el conflicto radica en que hay sectores que no comprenden de manera suficiente bien los argumentos del otro —aquel que supuestamente tiene una forma superior de comprender el mundo. Así, mejores explicaciones, capacidad de argumentación, mayor educación o predisposición a entender de la forma correcta, servirán para eliminar los conflictos de las sociedades. Subyace en uno y otro caso la aspiración de la desaparición del conflicto.

Ambas aproximaciones tienen aciertos, pero también presentan importantes falencias. Es claro que algunos conflictos se nutren de problemas estructurales de la sociedad: la corrupción y la injusticia, por ejemplo, llenan de argumentos a quienes se oponen a los regímenes que toleran o incentivan estas prácticas, y es claro que se

trata de problemas que las sociedades deben corregir. Así mismo, una mayor disposición a entender la complejidad de algunos fenómenos, la argumentación con base en evidencia y mayores capacidades para procesar información, pueden contribuir a desactivar algunos conflictos y alcanzar acuerdos.

No obstante, en ambas aproximaciones es necesario reconsiderar la utopía de una sociedad sin conflictos, especialmente en las sociedades plurales, y ahí radica la importancia de poder suscribir acuerdos. Estilos de vida y expectativas diferentes, visiones contrarias sobre temáticas complejas, o el simple deseo natural de reconocimiento individual y de ser tratado de manera digna, pueden convertirse en razones para conflictos de diversa índole. No son necesarias grandes injusticias objetivas en la sociedad, ni mayores dificultades en la comprensión de ciertos fenómenos sociales; las pequeñas diferencias entre individuos o grupos, que son normales en cualquier sociedad plural, pueden convertirse en conflictos de difícil manejo.

El éxito de la vida en democracia, pues, no está en eliminar los conflictos. De hecho, plantear un objetivo de esta naturaleza equivaldría a suprimir una parte central de las interacciones humanas. Un objetivo mucho más razonable y consecuente con la naturaleza de las sociedades democráticas es el de abordar dichos conflictos de manera tal que no escalen a niveles indeseables y con consecuencias

lamentables. Por eso es necesario trabajar hacia la construcción de acuerdos.

¿Cuáles serían los costos de no hacerlo? Si el conflicto es inherente a la vida en sociedad, la incapacidad de suscribir acuerdos presenta dos grandes riesgos: el escalamiento de los conflictos y la promesa de visiones maniqueas que prometen eliminar la fuente del conflicto.

Respecto al escalamiento de los conflictos, son múltiples los relatos de grandes confrontaciones que empezaron por pequeñas diferencias y que fueron creciendo a medida que se cometían errores al atacar los problemas que afectaban la relación de las partes.

En retrospectiva, en muchos conflictos es usual que se señalen causas menores que, de haber sido tratadas a tiempo y de manera adecuada, habrían evitado grandes confrontaciones, en muchos casos con enormes costos humanos, económicos y sociales. Lo que de nuevo indica la necesidad de trabajar para llegar a acuerdos, y que en la medida en que esto se haga de manera más pronta, se eviten costos imposibles de recuperar.

Un segundo riesgo de no tener la capacidad de resolver conflictos a través de la suscripción de acuerdos es abrir la puerta a que sea otro quien lo haga. No se trata solo de las autoridades judiciales y otras instancias cuya naturaleza es dirimir conflictos, sino de invocar instancias superiores para el tratamiento de situaciones que podrían resolverse

de manera relativamente fácil y directa entre las partes involucradas.

Así, por ejemplo, al igual que cuando dos niños recurren a su madre para que resuelva su disputa por un juguete, es usual que, en sociedades con bajas capacidades para abordar conflictos, muchos de estos inviten a que sea un tercero el que los resuelva.

No sorprende, entonces, encontrar en dichas sociedades un sistema judicial desbordado por el enorme número de casos que debe resolver, múltiples querellas legales por toda suerte de temas, y la aspiración a que sea dicho sistema el que genere soluciones hasta sobre las más mínimas diferencias y que, como es usual, al menos una de las partes quede insatisfecha.

Así, hay cierto paternalismo asociado a la incapacidad de alcanzar acuerdos. Y dicho paternalismo, atado a los sentimientos de vulnerabilidad ante posibles pérdidas, abre la puerta a la búsqueda de autoridades que resuelvan los conflictos de la sociedad, en muchos casos negando la posibilidad de las visiones contrarias y suprimiendo «la causa de los males», aquel actor o grupo poblacional al que se hace responsable de ser la fuente de los conflictos. Los líderes autoritarios que ofrecen tales utopías, y que son una amenaza a la supervivencia de la democracia liberal, encuentran un terreno fértil en esos escenarios, tal y como se ha experimentado a lo largo del mundo en los años recientes.

## Aspectos humanos en la construcción de acuerdos

Como es claro, entonces, la búsqueda de acuerdos que permitan abordar las diferencias que son inherentes a una sociedad pluralista, es una actividad necesaria de la vida en democracia. Por consiguiente, una pregunta inmediata sería, ¿qué impide a ciudadanos libres alcanzar acuerdos para superar sus conflictos?, o ¿por qué es frecuente que, a pesar de contar con el tiempo y las capacidades personales para superar las diferencias de manera pacífica, muchos conflictos resulten cada vez más complejos y los esfuerzos para abordarlos fracasen?

La regularidad con que fallan dichos intentos sugiere la necesidad de poner los reflectores al menos en tres aspectos: primero, la comprensión misma de la naturaleza de suscribir acuerdos; segundo, la forma en la que se aproximan las relaciones entre actores con conflictos latentes; y tercero, las actitudes que se requieren para abordar dichos conflictos de la mejor manera posible.

Como se dijo antes, para muchos, la búsqueda de un acuerdo se trata de un ejercicio de convencer al otro acerca de la visión propia y mostrar los errores de la posición contraria. En esos casos, el diálogo se parece más a un concurso de debate donde cada una de las posiciones busca imponerse sobre la del otro, y cada uno legitima la argumentación

propia identificando hasta el más mínimo error en la argumentación de su interlocutor.

Tal como se señaló, esta es una visión incompleta de las complejidades de la vida en democracia, al tiempo que ofrece pocas perspectivas de construir acuerdos que resuelvan el conflicto en cuestión y dejen satisfechas a las partes. Es probable que aquel que se sienta derrotado se resista a suscribir un acuerdo basado en la argumentación que fue usada en su contra, y, en caso afirmativo, no lo haga con voluntad genuina, lo que se traducirá en dificultades futuras sobre lo pactado.

Desde otra perspectiva, hay quienes consideran que el logro de un acuerdo consiste en un esfuerzo de «partir la diferencia» hasta llegar a un punto que sea aceptable para las partes; esto es, la búsqueda del acuerdo consiste en buscar el llamado «justo medio» entre dos posiciones extremas; un punto en el espacio de discusión de las partes, con el que ninguna está plenamente satisfecha, pero el cual cada una de ellas puede aceptar. El ejemplo usual es de un comprador y un vendedor que regatean el precio de una mercancía; pero la vida en democracia tiene muchos más matices y complejidades que un simple regateo.

Por eso, y a pesar de lo generalizado de este enfoque, su utilidad es cuestionable pues es usual que deje a las partes con grandes insatisfacciones y, más allá de darle a cada una algo de aquello a lo que aspira, está lejos de sentar las

bases para una futura relación de mutuo beneficio; algo que debería considerarse a la hora de buscar acuerdos. De esta manera, lejos de ser un enfoque recomendable, es necesario evitar caer en la trampa de partir la diferencia y, más bien, apostar por enfoques que generen valor para las partes y que sirvan como punto de apoyo para una relación futura.

Con esto, aparece una tercera aproximación a la búsqueda de acuerdos, que se preocupa por identificar los intereses subyacentes a las posiciones que manifiestan las partes, e intenta crear alternativas que permitan satisfacer dichos intereses. Más que enfrascarse en qué parte de lo que se negocia le corresponde a cada uno, el valor de trabajar como equipo en la búsqueda de un acuerdo es poder crear nuevas opciones que antes eran inimaginables y que surgen gracias a la relación que se construye con quien se negocia.

Pasar de responder «¿qué quiero como parte del acuerdo?» a responder «¿por qué lo quiero?» y «¿por qué lo quiere mi contraparte?», y trabajar a partir de esas respuestas, abre la posibilidad a múltiples soluciones que no solo logran satisfacer a aquellos que buscan un acuerdo, sino que se contribuye a una dinámica de relacionamiento que será provechosa hacia adelante.

Pasando al segundo tema, es curioso que, a pesar de tener claridad sobre la importancia de abordar los intereses de las partes en la búsqueda de un acuerdo, muchos de estos esfuerzos fallen por variables asociadas al relacionamiento

entre los actores y las expectativas de cada una de ellas. En estas discusiones sobre las dificultades para llegar a acuerdos, un tema que cada vez toma más fuerza es el de la dignidad humana.

El concepto de dignidad está asociado a cierto mérito y condición que, históricamente, ha evolucionado de ser exclusivo de ciertos personajes o grupos sociales, a ser una condición propia de todos los seres humanos.

El deseo de reconocimiento, la necesidad de ser parte, de ser tenido en cuenta, de ser escuchado, son parte de la esencia humana, hasta el punto de que sobre ellos se han erigido teorías de la historia. Es razonable, pues, que este concepto juegue también un papel central en la búsqueda de muchos acuerdos. Cada parte se considera a sí misma como merecedora de algo, por lo que siente la necesidad de ser valorada y reconocida, y se comportará en la relación en concordancia con estas expectativas. Si dichas expectativas no se corresponden con lo observado en la realidad, habrá dificultades para el logro de un acuerdo.

Así, se rechazarán ofertas que se consideren que violan la dignidad propia, incluso cuando desde cierta perspectiva ellas ofrezcan mejores condiciones a las de un desacuerdo. Igualmente, algunas partes preferirán rechazar acuerdos y continuar en un conflicto, a aceptar acuerdos que pongan en entredicho sus propias razones existenciales, o que les permitan a terceros emitir juicios de valor que generen dudas

sobre la condición propia. Soluciones que parecen razonables, pero que no den cuenta del respeto de la identidad, el reconocimiento o que no sean incluyentes —esto es, que no tengan en cuenta la dimensión de la dignidad en las negociaciones— seguramente serán rechazadas.

Y con esto llegamos al tercer punto que dificulta el logro de acuerdos: la actitud individual con la que los actores involucrados persiguen dicho acuerdo. Más allá de la intención de imponer una visión sobre la contraparte, o de tan solo repartir la diferencia, la búsqueda de acuerdos con frecuencia requiere ejercicios que combinan tanto la dimensión interna de las personas involucradas, como aquella entre las partes.

Por ejemplo, la idea de que es necesario entender que en escenarios plurales con frecuencia no es posible materializar agendas que en principio chocan con las de otros, obliga a construir soluciones conjuntas con quien se tiene un desacuerdo y a revisar las posiciones propias.

No se trata de adoptar la agenda de la contraparte, sino de entender que un acuerdo solo será posible si aquella se siente también satisfecha con el resultado. Si la contraparte no siente que el acuerdo le permite mostrarse como que consiguió algo valioso en la relación —tal como cada uno aspira a hacerlo— con seguridad será reticente a la suscripción de un acuerdo.

Desde la psicología se insiste en la importancia de que aquel que negocia con otros sea primero capaz de negociar consigo

mismo; esto es, de tener ese diálogo interno que se requiere para conciliar diferentes posiciones propias y lograr un acuerdo entre ellas. Quienes sean mejores en el desarrollo de esa actividad, con seguridad serán más hábiles en la búsqueda de salidas a conflictos interpersonales o entre grupos.

Por el contrario, a quienes históricamente hayan estado más aferrados a las mismas posiciones, sin posibilidad de cambiarlas ante cambios en las circunstancias, más difícil les será alcanzar acuerdos con otros.

## **Acuerdos, cooperación y desarrollo**

La capacidad de lograr acuerdos es el primer paso para poder alcanzar procesos de cooperación de gran escala. Diferentes disciplinas han mostrado la importancia de que los individuos que hacen parte de una sociedad alcancen niveles de cooperación amplios. Aquellas sociedades humanas, y en otras especies, que logran formas de cooperación entre sus integrantes más allá de las relaciones entre quienes tienen un vínculo genético estrecho, normalmente contribuyen al beneficio colectivo y a menudo son más exitosas.

Tales niveles de cooperación se logran a través de prácticas que promuevan acciones de reciprocidad y un interés genuino en el bienestar del otro. Allí, la capacidad de los individuos de superar sus diferencias e intereses inmediatos, alcanzar

acuerdos, respetarlos y generar dinámicas de cooperación de largo plazo, serán herramientas centrales para el desarrollo de la sociedad. Quienes afectan procesos de cooperación, complejizan las relaciones, fallan en responder de manera recíproca y caen en la trampa de comparar su bienestar con el de otros —en lugar de tener escalas de valores propias sobre las cuales medir su desempeño— encuentran mayores dificultades para ampliar sus capacidades de cooperación.

Como se señaló antes, no basta con resolver un conflicto y que en la solución se frustre la posibilidad de una futura cooperación; por el contrario, se busca que las soluciones a los conflictos —los acuerdos— sean las bases sobre las que las partes se puedan relacionar y cooperar entre sí.

En la democracia, un tratamiento adecuado de los conflictos permite nuevas posibilidades de beneficio para las partes, a la vez que contribuye a generar círculos virtuosos de conflicto y emergencia de soluciones relativas. El régimen no se deteriora, sino que se ve fortalecido por el disenso, el diálogo, la búsqueda de soluciones de beneficio común y la construcción de acuerdos.

Una sociedad con acuerdos básicos, con los que se crea un marco común para el trámite de sus diferencias, estará en capacidad de evitar los costos de conflictos mal manejados y sentará las bases para proyectos de desarrollo económico, fortalecimiento del tejido social y de construcción de una identidad nacional a partir del pluralismo.

Por el contrario, el enfrascamiento en los conflictos, la convicción de que es el otro quien debe cambiar su posición, cerrar los espacios de diálogo y negar la posibilidad de construir acuerdos desde la diferencia es negar la posibilidad de modificar el rumbo de la sociedad y renunciar a los beneficios de sociedades con mejores capacidades en el manejo de sus conflictos.

## Un comentario final

Alcanzar un acuerdo requiere capacidades de escucha, diálogo, comprensión y respeto del otro; quienes están involucrados en dicho propósito —y todos en algún momento lo estamos— tienen la responsabilidad de crear alternativas que busquen satisfacer los intereses de las partes y deben adoptar una actitud responsable por encontrar soluciones.

Desafortunadamente, a lo largo de la historia de nuestro país no hemos tenido los mejores referentes en el manejo de nuestras diferencias; las guerras que han sido parte consustancial de nuestra vida republicana, referentes de la cultura popular como las narcoseries, o el mal ejemplo de muchos de los principales líderes políticos indican que aún tenemos un largo camino en aprender nuevas y mejores formas de tramitar nuestras diferencias.

Sin embargo, acuerdos como el que hace pocos años permitió la desmovilización de más de once mil hombres y mujeres en armas, y estableció una hoja de ruta para el cierre de la violencia política en el país, al margen de los obstáculos que ha enfrentado, representan un hito en la historia de Colombia.

Dicho acuerdo no solo mostró que la violencia política está agotada en esta sociedad, pues un texto redactado entre actores con pasados muy diferentes permitió diseñar escenarios inconcebibles desde las armas, sino que además mostró que es posible que tramitemos nuestras diferencias de manera pacífica.

Una relación que históricamente fue de confrontación logró encaminarse hacia una de cooperación. Si esto fue posible después de décadas de guerra y costos humanos inenarrables, mucho más posible será que en nuestras relaciones cotidianas y los permanentes conflictos que debemos afrontar, se logren respuestas que permitan superar la trampa del conflicto y nos permitan avanzar a partir del logro de pequeños acuerdos.

Referentes como estos nos pueden indicar el camino que debemos recorrer. ‡





CAMILA ZULUAGA

# Vivir en el acuerdo

LA VIDA EN SOCIEDAD, COMO LA CONOCEMOS, SE COMPONE de acuerdos. No siempre son explícitos. Muchas veces, sin darnos cuenta, accedemos al cumplimiento de pactos vitales para poder tener una convivencia armónica. ¿Qué sería de las relaciones interpersonales sin el establecimiento de acuerdos? Probablemente un caos sin salida. Por eso, para lograr que una comunidad viva en paz, la existencia y cumplimiento de pactos son necesarios.

Si revisamos nuestra vida, nos damos cuenta que desde niños todo se ha basado en acuerdos. Los primeros acuerdos a los que llegamos son con nuestros padres. En mi caso, la educación que recibí siempre fue alrededor de ellos. «Lleguemos a un acuerdo», me decía siempre mi padre cuando era niña y estaba haciendo alguna pataleta por algo que quería

y seguramente no merecía. Por esa razón, ante los gritos exhaustivos de mi parte para poder satisfacer mi capricho, de forma pedagógica me decía: «Hagamos un pacto en el que ambos quedemos contentos y tranquilos». Siempre sentí que esos acuerdos propuestos por papá solo servían si los dos quedábamos satisfechos con el resultado. Si yo percibía que había perdido dentro de la negociación, sin duda volvería a llorar; si, por el contrario, era él quien lo sentía, se quedaba con la sensación de que me estaba malcriando.

A través de esos pactos me fui educando, como nos vamos educando todos. Incluso sin darnos cuenta. El simple hecho de ir al colegio es un pacto. Acordamos madrugar todos los días y sentarnos luego frente a la pizarra en un salón de clases a escuchar y aprender. Así empezamos a leer, a escribir y en el camino hacemos amigos que siguen con nosotros. De esa manera cumplimos un pacto sin darnos cuenta, un acuerdo con el Estado y nuestras familias para poder acceder a la educación.

Tan importantes son los acuerdos, que hacen parte del funcionamiento del núcleo más íntimo, igual a como lo son la familia, la sociedad y el Estado mismo. La teoría política moderna se edifica en lo que los filósofos ingleses, Thomas Hobbes y John Locke en el siglo XVII, explicaron sobre el origen del poder político. Un acuerdo que se hace entre individuos libres que pactan la creación de un Estado para superar la falta de seguridad y los problemas que trae vivir en

sociedad sin ningún tipo de reglas. Esa forma de organización social, que muchas veces no sabemos o no entendemos de dónde salió, es el resultado de acuerdos entre individuos que buscaban una forma ordenada y pacífica de convivir. Acuerdos en donde, como cuando yo era niña, lo ideal era que todos quedaran satisfechos con lo pactado.

Si son tan importantes los acuerdos en nuestras vidas, ¿cómo podemos definirlos de manera sencilla? Si recurrimos al diccionario y buscamos su significado encontramos múltiples definiciones. La más pura y básica de ellas se refiere a la acción de acordar algo, a la resolución premeditada de una sola persona o de varias, al convenio entre dos o más partes. Pero quizá, la más bella, es la definición que hace referencia a la reflexión o madurez en la determinación de algo.

Y digo que es la más hermosa porque se necesita de una profunda reflexión para poder llegar a un acuerdo que deje tranquilas a todas las partes. Cuando frente al otro, en medio de una negociación, queremos lograr el éxito, este depende de la satisfacción de todos los involucrados. Como seres humanos, solo llegamos a saber si realmente estamos complacidos con lo pactado después de una profunda meditación sobre el compromiso adquirido.

No es fácil llegar a acuerdos. Lograrlo implica ceder y tal vez romper compromisos internos de nuestra historia personal. Porque los pactos también los hacemos con nosotros mismos. Por lo general, en la definición de nuestro carácter

y en la planificación de nuestras vidas, vamos haciendo acuerdos personales que guían nuestro trasegar. Ejercitarnos físicamente, leer literatura, tener disciplina laboral, cuidar de nuestros amigos o jamás faltar a la verdad, por mencionar algunos ejemplos, son compromisos que adquirimos con nosotros de manera consciente —o inconsciente— y que, de alguna forma, pueden interferir cuando intentamos llegar a acuerdos con terceros.

Por eso, los pactos requieren de una profunda generosidad y aceptación por el otro, algo a veces difícil en la cultura occidental, estructurada bajo el individualismo donde lo más importante siempre es el yo y el bienestar personal, aunque quizás mucho más en un país como Colombia, donde nos hemos acostumbrado a vivir despreciando a los demás. Si no fuera así, la vida tendría mucho más valor y no habríamos visto cómo las cabezas de seres humanos tienen un precio, lo que nos ha llevado a crecer como si fuéramos enemigos y no compatriotas, jurando venganza y acordando con nosotros mismos nunca perdonar. Bajo ese panorama, sin lugar a dudas, es más difícil acordar. Si queremos construir un país con una sana convivencia, es menester hacer el sacrificio de ceder por el otro.

Es difícil asimilar que los acuerdos para lograr edificar una sociedad armoniosa requieran de la activa participación de todos. Muchos preferirían un camino más cómodo: el autoritario. Ese donde solo unos pocos deciden y el

resto obedece. Pero eso no es un acuerdo. Es la imposición de una norma que tarde o temprano se quebranta. El ser humano, por naturaleza, es de espíritu libre y en algún momento, si no se ve satisfecho con la norma pactada, tiende a rebelarse. Por eso es necesario lograr acuerdos en los que todos participen. Es más difícil, sí, pero mucho más sólido y duradero.

Lograr la solidez en lo pactado implica considerar al otro, tenerlo en cuenta, escuchar lo que piensa y saber que él también tiene una mirada frente a las cosas; que la mirada propia no es la única posible. A pesar de lo duro que es asimilar la voz de los demás, debemos ser conscientes de que sin esa otra parte la esfera del acuerdo nunca estará completa. Nuestra voz vale y tiene significado porque existe la del otro. Ese otro que piensa distinto a mí y ve las cosas de manera opuesta. Si no fuera así, no habría nada que pactar, todo se habría dado de manera tácita, porque no estaríamos en desacuerdo. La diferencia, a veces, incómoda, pero es la que tenemos que aprender a abrazar. Ser felices en medio de la disimilitud es lo que deberíamos empezar a buscar.

Cuando estamos ante un escenario donde buscamos llegar a acuerdos, los que tenemos en frente son aquellos a los que llamamos «rivales», antagonistas. La contraparte. Es ese con quien tengo que pactar para la seguridad de ambos, no solo la de él o la mía. Muchas veces esa contraparte ha sido causa

de dolor o rencor. Pero, por más de que esos sentimientos afloren, no importa el escenario, debemos escucharlos para lograr el bien común, el objetivo colectivo. Escuchar al prójimo no implica darle la razón, ni tampoco legitima sus errores. Se trata simplemente de reconocer que esa persona que está al otro lado de la mesa es también un ser humano y merece respeto como tal.

Incluso, hay situaciones donde se enfrenta a fanáticos, personas que no responden a la razón y no permiten el cuestionamiento de ciertas creencias que ellos entienden como verdades absolutas. La mayoría de las veces, establecer un vínculo con un fanático es imposible. Pero eso no nos impide entender cuáles son las razones y raíces detrás de ese fanatismo. Siempre hay que ponerse en el lugar del otro y, a partir de ahí, construir un diálogo sincero.

El problema, como seres humanos que somos, es que la historia personal nos puede jugar en contra. Los sentimientos de rabia, dolor y venganza son obstáculos para llegar a una convivencia armoniosa y en paz con el otro. Cuando no nos damos la oportunidad de oír al otro, de entenderlo, de conocer su historia, es imposible coincidir. Se vuelve utópico el sueño de una sana convivencia. Escuchar al otro nos da la oportunidad de saber que seguramente él o ella, al igual que nosotros, ha sentido dolor o molestia por nuestra forma de actuar. Esto aplica a la familia, la pareja y la sociedad. Al no abrir el alma y el corazón a su versión, cercenamos la

oportunidad de saber por qué hemos estado en conflicto y no logramos la paz.

Sorprendentemente, son aquellos que más han sido afectados los que suelen entender que no hay que dejarse llevar por las emociones. Con frecuencia, los que más han sufrido son aquellos que promueven la reconciliación y el entendimiento. Ellos saben que, sin ese perdón, ellos mismos jamás podrán avanzar, pues solo a través de la generosidad y del perdón se puede construir un futuro donde no se vuelva a sufrir por lo mismo.

Es natural que tengamos diferencias. Al existir diversas opiniones y personalidades, es lógico que aparezcan conflictos. Mucho más en un país tan diverso y complejo como el nuestro.

Por eso, generar acuerdos es la única alternativa que nos permite solucionar los problemas y acabar con la guerra. Pero lograrlo, y soy reiterativa, implica que todos tengamos un espacio para hablar y plantear nuestros puntos de vista. La diversidad de argumentos nos permite edificar un acuerdo mucho más rico y profundo, uno que abarque la inmensidad de nuestras diferencias.

Sigo siendo reiterativa porque he crecido en Colombia y he sido testigo de la falta de tolerancia frente a aquel que piensa distinto, frente a ese ciudadano que tiene una visión de país que no compagina con la nuestra. Desarrollamos la costumbre de callar al que no nos gusta. Queremos, sin ser

conscientes de que somos diversos. Eso nos ha imposibilitado llegar a acuerdos o, mucho peor, cumplirlos.

Incumplir los acuerdos es casi más grave y delicado que no lograrlos. Si pensamos en nosotros y recordamos nuestra vida nos damos cuenta de que los dolores más profundos han sido causados por la falta de compromiso. La ruptura de un acuerdo duele. Llega a lo más profundo del corazón y es básicamente una traición. Por eso es importante mantener la palabra y cumplir lo acordado. Una vez se resquebraja la confianza es muy difícil recuperarla. Por ende, se dificulta llegar al mejor objetivo común: la sana y armoniosa convivencia.

Los desacuerdos son generalmente más conservadores que los acuerdos, pues la mayoría de las veces intentar estos últimos requiere arriesgarse. Lanzarse al precipicio de lo inesperado y apostarle a construir en comunidad. Entre más polarizados estemos, seremos menos capaces de llegar a acuerdos y transformarnos. Ser fieles a nuestros principios es admirable, pero defender esos mismos principios sin flexibilidad y sin abrir la mente y el alma, es condenarnos a no poder avanzar. Lo anterior no implica que los acuerdos no puedan reescribirse. Claro que se puede hacer, pero siempre con la participación de todas las partes en conflicto.

Volvamos a la teoría política para recordar de nuevo a John Locke, padre del liberalismo, quien plantea que los ciudadanos tenemos derecho a resistir de manera legítima a

quien ostenta el poder. Un gobierno solo puede ser legítimo si se basa en el consentimiento de seres libres que acuerdan entre ellos otorgarle poder para ordenar la vida en sociedad. Precisamente por eso, la renegociación o el cambio de alguna norma debe ser consensuada. Se preguntarán por qué. Por una razón esencial: los acuerdos traen consigo, de forma implícita, el compromiso de su cumplimiento. Un pacto sin confianza está condenado al fracaso.

Como ciudadanos creemos en la justicia y entendemos que, para funcionar en armonía como sociedad, esta deber estar por encima de la venganza. Sabemos que, si algo no funciona en la convivencia, podremos recurrir a la justicia, para dirimir conflictos. Imaginemos a Carmen, una ciudadana a la que le roban su tienda. Ella conoce las reglas, el pacto social lo tiene grabado en el subconsciente. Sabe que debe acudir a la policía y a la justicia para que encuentren a los ladrones y recuperar sus bienes.

Si, por el contrario, Carmen decide tomar justicia por mano propia, persigue a los ladrones y les propina el castigo que considera merecido, linchándolos, el mundo entra lentamente en el caos.

«¡Pero si muchas veces no hay justicia!». Es lo que dicen tantos, incluso en este caso podría decirlo la misma Carmen. Y tienen razón, ese es uno de los dramas que tenemos en nuestro país. Pero incluso en medio de ese panorama es mejor apelar a las instituciones y cumplir el acuerdo social.

Ese en el que de una u otra manera todos coincidimos, porque lo tenemos escrito en la piel.

Cuando imaginamos a Carmen y su hipotética situación es más fácil de entender que debemos cumplir los acuerdos porque no soy yo, porque es otro. Pero cuando nos toca en carne propia, con un drama mayor, acordar y cumplir parece imposible. Lograr acuerdos cuando ha dolido el corazón o cuando la pérdida es incalculable muchas veces parece irrealizable. Más aún, cuando somos nosotros los involucrados. Por eso es que nuestra propia historia nos limita.

Esa reflexión podríamos aplicarla al acuerdo de paz. El actual Gobierno no hizo parte de él y hay muchos aspectos que no comparte. Pero fue un pacto del Estado colombiano, de una institución que va más allá de quien ostenta el poder por cuatro años, de una institución que nos representa a todos, incluso a los que no apoyaron su causa. Por eso, el Gobierno, y nosotros también, debemos cumplir lo pactado. Porque al igual que la señora que respeta la ley cuando entran a robar su tienda, debemos respetar lo acordado por el bien de todos, pero sobre todo por una convivencia en paz.

Estamos viviendo una oportunidad de oro. No nos habríamos sentado a pensar en lo que significa ese pacto social si no hubiéramos aceptado dialogar, si no hubiera existido ese gran proyecto de enfrentar creencias frente a lo que debe ser nuestra sociedad. Un popurrí de miradas sobre el país que soñamos, sobre la paz que queremos. Un compromiso de

acordarlo todo para poder prometer no volver a la guerra. Una guerra cruel y sanguinaria que ha acabado con muchos sueños. Probablemente este pacto no nos agrada del todo, incluso hay partes que quisiéramos cambiar, pero es un pacto que debemos respetar y hacer cumplir con generosidad y valentía. No olvidemos que la única forma de vivir en paz es llegando a acuerdos, porque vivimos en el acuerdo. ‡













# Autores

## 01. SANDRA **BORDA**

Bogotá. Politóloga de la Universidad de los Andes. Ha sido profesora en varias universidades en Colombia y en la Academia Diplomática San Carlos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Es columnista de *El Espectador*. Actualmente es la decana de la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

## 02. JULIÁN **ARÉVALO**

Cartagena. Economista y actual decano y docente de la facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia, de donde se graduó. Trabajó en la oficina del Alto Comisionado para la Paz, donde participó en las conversaciones con las FARC y el ELN en un esfuerzo de conectar al sector privado con el proceso de paz.

## 03. CAMILA **ZULUAGA**

Bogotá. Periodista y presentadora de noticias. Estudió Ciencia Política y se ha dado a conocer desde muy joven como actriz, presentadora de televisión y radio para luego desarrollar su carrera en el periodismo investigativo. Estuvo en la mesa de trabajo de W Radio Colombia, Blu Radio y actualmente trabaja con Caracol.